

dillismo y la anulación del oponente político han sido superados por el diálogo y la construcción de consensos en el marco de liderazgos colectivos. En todos los países hay dirigentes que apuestan a un cambio en el que se suplante el cortoplacismo, la seducción del electorado y la anulación del oponente por reglas de juego más democráticas. Hemos encontrado jóvenes que apuestan a un nuevo estilo de hacer política, más responsable ante los ciudadanos y más comprometidos con el cumplimiento de las normas. Es posible que para ellos, aprender de la historia reciente y regional los ayude a emprender un camino de cambios en el cual la democracia no sea un eslogan sino una práctica cotidiana.

Rut Diamint es profesora de la Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, Argentina.

Laura Tedesco es profesora asociada de la Universidad Autónoma de Madrid y del Instituto de Empresa. Ambas co-dirigen el proyecto "Liderazgo, renovación política y prácticas democráticas en América Latina". Las autoras agradecen al Open Society Institute de Washington DC por el valioso aporte realizado para llevar a cabo este estudio. Correo electrónico: rutd@utdt.edu; lctedesco@hotmail.com.

**Daniel García González/
Daniela García Sánchez**

Haití o Waslala: en los límites del colapso

En enero de 2010, un terremoto de 7 grados en la escala de Richter con epicentro a 12 km de Puerto Príncipe, la capital de Haití, dejó sin hogar a un millón de personas, más cientos de miles de muertos y heridos, causando una de las catástrofes humanitarias más graves de la historia. El

movimiento sísmico en Haití, como en otros lugares y países del mundo (desde Italia, pasando por Japón, Costa Rica, México, hasta Nicaragua y otros tantos) es producto, como es de conocimiento básico, de las fallas geológicas y de la liberación de energía por el deslizamiento y frotamiento de placas tectónicas. Sin embargo, los daños materiales y las víctimas del terremoto referido son consecuencia de la falla sociopolítica e histórica que ha marcado y recorrido la evolución del pueblo haitiano y del deslizamiento y frotamiento constante de las relaciones desiguales (las placas históricas) desde que asumiera la independencia como país. Ese deslizamiento y frotamiento inmisericorde, lejos de traducirse en la liberación de energía, obstruye (reprime) el impulso y despliegue sostenible de sus ansias (energías) de libertad, de justicia y de dignidad.

Los "nudos gordianos" de la evolución histórica del Estado haitiano desde su independencia son los factores que explican esa especie de "falla estructural, histórica" en la que se asientan y deslizan cíclicamente las catástrofes y tragedias de un Estado que se percibe como "fallido" pero que, probablemente, en una aproximación de la lente crítica, se le descubre más bien como imposible e inaceptable para los intereses dominantes del sistema económico y político internacional. La lista de terremotos que pueden ser dados resaltando algunos acontecimientos de la historia sísmica y sociopolítica haitiana incluye, entre otros: el terremoto de 1751, bajo el control francés; el de 1842, un año antes de la salida del exilio del general Boyer (creador de las bases del sistema agrario actual); los terremotos de 1887 y 1904, período durante el cual Haití tuvo 22 diferentes jefes de Estado y sólo uno finalizó su gobierno; y el de 1946, doce años después de la retirada de la ocupación militar de los Estados Unidos.

Entre un pasado turbulento y un futuro incierto, el presente de Haití, o Waslala, es el ejemplo de un país que se estrella con la realidad en los límites del colapso. “Waslala” es un nombre indígena que significa “Río de la Plata”. Si bien corresponde a un municipio ubicado en el Atlántico de Nicaragua, en la novela de Gioconda Belli es el “paraíso perdido, un lugar legendario en el que los hombres viven en paz y que parece haberse esfumado dejando tan solo la huella sutil de un ideal imposible, un sueño maravilloso grabado en el recuerdo de unos pocos”. Los terremotos y tormentas, el monocultivo, la guerra, el pago de la deuda, la deforestación y las nuevas deudas se conjugan dejando un país empobrecido, desgastado y exangüe. Las ayudas y la cooperación extranjera hoy también se organizan para rescatar a Haití. Pero, ¿Puede Haití emanciparse?, ¿es Haití rescatable?, ¿es Haití un “Estado fallido” o será un “Estado imposible”?

El futuro antes del colapso

Subirse al “tren del desarrollo” es una hazaña para cualquier país del mundo en desarrollo. Más aún cuando la concepción y los parámetros del proyecto de “desarrollo” que se persigue deben ajustarse a: (1) un modelo eurocentrista (y/o norteamericano), del cual también los países de las periferias son coautores; (2) una estructura (el “motor de ese tren”) basada en la destrucción de la naturaleza y en la explotación del trabajo humano; y a esto se suma que, (3) partimos de países empobrecidos por dictaduras y élites aristocráticas (o castas) que convierten las riquezas extraídas de la tierra y de la gente en su propia fortuna y ganancias personales.

Las corrientes de desarrollo diferentes al neoliberalismo conectadas al pensamiento crítico latinoamericano (entre

ellas, la teoría de la dependencia, la teología de la liberación, el neoestructuralismo, y el poscolonialismo), han intentado desentrañar mitos y concepciones, incorporando nuevos conceptos y enfoques, y han propuesto abandonar el modelo exportador basado en recursos naturales con poca transformación y bajos salarios por uno con mayor valor agregado. Para ello, el neoestructuralismo, como un ejemplo promovido por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) desde 1990 hasta la actualidad, confía en la política y en las intervenciones de políticas dirigidas al apoyo de la innovación técnica y la promoción de alianzas estratégicas con empresas transnacionales. Sin embargo, deja sin cuestionar el poder del capital transnacional corporativo y olvida los avances del paradigma centro-periferia respecto a la conceptualización del desarrollo y subdesarrollo como un solo proceso de interrelación dentro de la economía mundial (como trataron de explicar las teorías de la dependencia y el subdesarrollo).

Ya desde los años sesenta los problemas estructurales básicos latinoamericanos –intercambio desigual, desempleo y dependencia externa– fueron identificados con claridad por el modelo desarrollista de sustitución de importaciones. Según Prebisch y la CEPAL, mediante la promoción del crecimiento de la industria y la agricultura nacionales sobre la base de la sustitución de importaciones, el Estado estimularía también la formación de clases sociales modernas. Sin embargo, este mismo modelo también mostraba sus propios límites y era deglutido por las mismas lógicas de los intereses del capitalismo dominante de los países industrializados y tecnológicamente más avanzados.

Hoy día, la subordinación comercial que afrontan los países, principalmente los más pobres, en relación con la institucionalidad global (OMC, GATT, acuerdos

internacionales, el funcionamiento de los mercados y precios internacionales, el papel de los intermediarios, la competencia por atraer inversión externa, los términos de derecho de propiedad y su efecto sobre las decisiones de producción interna) limitan las posibilidades de acción política y económica para contrarrestar la pobreza, las profundas inequidades y el daño ecológico. Es una paradoja que los países en crisis, particularmente los considerados como “Estados fallidos” (*state default*), se vean obligados a incrementar las exportaciones (y el extractivismo) como su fuente principal de ingresos necesarios para conseguir los recursos financieros para pagar las reformas y las deudas. Esto no es nuevo, ya que es posible ver líneas de continuidad y cambio en la lógica de crecimiento y en los modos de apropiarse de la naturaleza bajo regímenes coloniales y neoliberales de dominación; así como entre actuales regímenes de ideologías distintas. Violar las reglas comerciales y financieras establecidas por esta institucionalidad podría tener consecuencias excesivamente costosas y probablemente no sería factible.

Por otra parte, queda por demostrarse (si es que esto no se ha demostrado ya) que los impulsos de los modelos “neoliberal” y “neoestructuralista” hayan mejorado la situación, o quizás incluso hayan profundizado los problemas. Habría que ver si hay un modelo de desarrollo capitalista “alternativo”, que en países o situaciones como las de Haití sea siquiera pensable como una alternativa con viabilidad.

Haití o la historia de un rescate

En el caso de Haití, un modelo alternativo que permita la organización y el desarrollo social no ha sido viable dentro del modelo de acumulación ensayado en

su historia. Más aún, la factibilidad de ese modelo de acumulación ha tendido sistemáticamente a recurrir a un modelo social de alta explotación y marginación de la población haitiana. Si se plantea si Haití es “rescatable” de “su situación” es porque de alguna manera se asume que algún poder, alguna fuerza poderosa lo tiene atrapado. Y, por otra parte, si en una hipótesis se pudieran romper sus cadenas o los vínculos que mantiene al país en tal condición, sería para llevarlo ¿a dónde, a qué “mundo feliz”?

Desde luego, lo primero que habría que acotar es que no hay fuerzas ciegas que mantengan a Haití o a otro país o pueblo en una situación tan deplorable. Son, primordialmente, las redes y entresijos de intereses de los poderes económicos y políticos, la inercia del sistema de dominación social imperante a escala nacional y, en menor incidencia, a escala internacional, los que impiden, no ya el rescate sino simplemente el ejercicio del derecho de emancipación del pueblo haitiano.

Haití fue un Estado independiente —en 1804, el segundo de América, sólo precedido por Estados Unidos— surgido de las ansias de libertad de un pueblo sumido en la esclavitud y, por tanto, con un proyecto político y una vocación de servir a la construcción y desarrollo de un futuro libre y prometedor para su pueblo y predispuesto a la solidaridad con otros pueblos. Sin embargo, más pronto que tarde, la conjunción de fuerzas e intereses del poder económico y político internacional, con sus resabios esclavistas y racistas, fueron fraguando las condiciones para impedir la consolidación y el desarrollo de ese Estado sirviéndose de los sátrapas y de grupos cooptados de la propia sociedad haitiana. Ésos son los factores de referencia, básicamente enunciados, que ayudan a dar una explicación sobre el fondo de la cuestión: la imposibilidad histórica que

construir y consolidar un Estado –una voluntad política y un conjunto de instrumentos institucionales– al servicio del desarrollo y que, en consecuencia, hoy no hubiese necesidad de plantearse siquiera una “generosa y solidaria” convocatoria para acudir al rescate de Haití.

¿Acaso cabría considerar “Estado fallido” o, más bien, exitoso, a aquel Estado-aparato en el que se amparó la dictadura duvalierista (1957-1986) y que gozó del respaldo internacional? Hay aquí un ejemplo de un Estado que ha sido “real y viable” durante varias etapas a lo largo de la historia del “Haití independiente” y que se organizó y funcionó para explotar y sojuzgar a las mayorías empobrecidas, en un proceso lento pero inexorable de destrucción y deterioro de las condiciones ambientales (bosque, suelos) y del hábitat urbano y rural, limitando así al extremo la viabilidad de un proyecto de desarrollo sostenible, al menos si no es precedido y sustentado en un proyecto político y social regido por otros principios y valores alejados de los que enmarcan la lógica del sistema de acumulación y de apropiación vigentes desde la proclamación de su independencia.

En definitiva, cabe preguntar: ¿qué es lo que se desea rescatar y prohijar?, ¿el Estado de vocación democrática, predisuesto para estrategias solventes de equidad y solidaridad? Cuando el “movimiento lavalas” catapultaba electoralmente a Jean B. Aristide a la presidencia del país (1991), las fuerzas internas y externas se preparaban social, política y militarmente para fraguar las condiciones que impedirían el impulso y viabilidad de un poder político y de un Estado alternativos para sustentar procesos sociales y económicos más apegados a los intereses y expectativas de las mayorías populares del país. Finalmente, Aristide y el “lavalas” son desprestigiados y apartados del poder. Se imponía así un proceso de “democracia

controlada” y de un Estado al servicio de los intereses del status quo nacional e internacional, al fin una suerte de “régimen duvalierista” sin el coste de la “franquicia Duvalier”.

Un nuevo paradigma económico-ecológico

La economía global continúa dependiendo de las actividades extractivistas como la explotación de minerales, el petróleo y el monocultivo para la exportación. Estas actividades extractivistas están acompañadas de profundos impactos negativos sociales y ambientales en los territorios, como la creación de enclaves, la fragmentación geográfica y el incremento de tensiones o conflictos. La posición extractivista tiene serios límites, pues no considera que la extensión e intensidad del uso de los sistemas ecológicos tiene un tope y no contempla los efectos generados en el entorno como razones imperativas para detenerse.

En un momento del siglo XIX, Haití llegó a producir el 75 por ciento del café mundial, de cuyos impuestos indirectos derivaban casi enteramente los ingresos públicos (Terry F. Buss, *Haiti in the balance: why foreign aid has failed and what we can do about it*, Washington D. C.: Brookings Institution Press, 2008). Hoy en día, Haití es en un 60 por ciento rural, situación que está cambiando rápidamente debido a la migración hacia la capital y otras áreas urbanas en la búsqueda de empleo. Una pequeña élite organizada en grupos familiares controla todas las importaciones y exportaciones, el turismo, la construcción y la manufactura. La sobreexplotación y la erosión del terreno, consecuencia de una intensiva y descontrolada deforestación y la mala gestión pública de los recursos naturales, ha llevado a que

de las 30 cuencas existentes, 25 se encuentran sin cobertura de bosque natural, situación que conduce a repetidas catástrofes por inundación y a la pérdida de vidas. Lo anterior, sumado a la escasa infraestructura y a la falta de inversiones sostenidas, ubican al país en la lista de Países Pobres Altamente Endeudados (HIPC) en los programas de la AID y el FMI.

Como en la gran mayoría de los países latinoamericanos, a pesar de los esfuerzos encaminados a diversificar las economías de las antiguas colonias, por lo general estas economías y sus Estados siguen dependiendo de uno o unos pocos productos primarios que los somete con frecuencia a ciclos similares de auge y crisis. Como ha sido estudiado por diversos autores, existen numerosos ejemplos de las acciones políticas y militares que han tenido como causa el abastecimiento de recursos naturales ampliando el espectro del extractivismo a nivel global. Según lo plantea Coronil F. en su libro *El Estado mágico: Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela* (Caracas: Nueva Sociedad y Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela, 2002), en el futuro hablaremos de ecopolítica y no de geopolítica, porque los límites geográficos serán menos importantes que los ecológicos para la definición de áreas de interés y relaciones de poder.

Por ello, la inclusión de la naturaleza en los análisis del desarrollo, y particularmente del desarrollo del capitalismo, permite teorizar y entender la importancia de las colonias para proveer los recursos naturales, y cómo éstos continúan siendo esenciales para el desarrollo del capitalismo y sus instituciones. Como algunos investigadores críticos señalan, la sociedad latinoamericana está atrapada porque la fuente de reproducirse a sí misma es vendiendo recursos naturales.

Viabilidad, factibilidad o Estado imposible

¿Es factible un modelo capitalista alternativo basado, por ejemplo, en un equilibrio entre la acumulación social y la privada? Probablemente técnicamente sí lo es, como demuestran algunos ensayos de economía mixta impulsados y desarrollados en la región (México, Nicaragua). Sin embargo, lo que es más que cuestionable es su viabilidad en el marco de la confrontación política y de intereses económicos de acumulación global, constreñidos por unos límites ecológicos cada vez más restrictivos. Las corrientes de pensamiento sociológico y económico señaladas anteriormente han dado una explicación exhaustiva y certera sobre la inviabilidad y, a la postre, también sobre la no factibilidad de ese modelo alternativo.

Construir un Haití nuevo es factible, pero no viable y no aceptable. Si fuese posible, si fuese viable, ¿por qué no construir una nueva Dominicana, Honduras, Guatemala, etc.? hablando sólo de América Latina. Tal vez sería posible y viable un nuevo continente, un nuevo mundo, una nueva utopía? Y esto no es, siquiera, una opción deseable, por lo demás resulta como proyecto (proceso) inviable e inaceptable. Por eso, las posibilidades de subsistencia de Haití pasan por temas que son frontera de ruptura con las ideologías de la modernidad y de nuevos paradigmas de desarrollo, los cuales podrían marcar un derrotero distinto para Haití o para Waslala.

Daniel García González es sociólogo y candidato a doctor por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de España. Actualmente es consultor y asesor en temas municipales del gobierno español. Correo electrónico: dfgarcigonzaez@yahoo.es.

Daniela García Sánchez es economista. Actualmente es investigadora en el Instituto Alemán de Estudios Globales y Regionales (GIGA), Hamburgo. Correo electrónico: garcia@giga-hamburg.de.

Marcos Cueva Perus

¿Repúblicas imposibles de América?

Este breve artículo muestra que las Independencias latinoamericanas no desmontaron los tres grandes pilares de la Colonia: la Iglesia, la gran propiedad de la tierra y la sacralización del poder como fenómeno colectivo pero encarnado en la omnipotencia de una persona. Se conservaron así intereses particulares a la vez que grupales e individuales que imposibilitaron la realización de ideales republicanos.

I

Cuando luego de las Independencias se formaron las repúblicas latinoamericanas, no podían encontrarse intereses objetivos que las hicieran cuajar sacralizando la “cosa pública”, colocándola por encima de poderes fácticos y subordinando a los intereses particulares más heterogéneos. Estos intereses creados podían incluso haber alentado la Independencia por ambición social y resistencia al afrancesamiento borbónico, que buscaba –y por ello se pensaba que los peninsulares desplazaban a los criollos– crear un cuerpo de funcionarios leal a la Corona antes que a redes familiares y locales: un “cuerpo”, en suma, que fuera antecedente de una “cosa pública” que respondiera a algo más elevado que las muy terrenales fidelidades privadas. Los Borbones bien pudieron haber tocado cotos de

poder y creado resquemores. En esta perspectiva se situó el historiador John Lynch (*Las revoluciones hispanoamericanas*), aunque para otros el período de los Borbones fue útil a la sobrevivencia de la Corona.

La fuerza de esos intereses se recreó con el triunfo criollo, desde ambiciones muy personales hasta regionalismos marcados. Los Estados nacionales latinoamericanos en el siglo XIX surgieron tomando la dirección inversa a la de la modernidad: se “feudalizaron” o “medievalizaron”, como quiera decirse, en vez de afianzar una efectiva centralización política, la homogeneización del territorio y la integración de un mercado interno entendido como mercado nacional. No había territorios económicos integrados ni intereses que los representarían, capaces de echar a andar Estados nacionales. En un libro de oportuna aparición en México (2010), *Elegía criolla*, Tomás Pérez Viejo ha hecho notar cuán sorprendente es hablar de que hubo algo así como “liberación nacional” donde no existían previamente naciones –en 1810 ni siquiera España era una nación y la Monarquía católica era a-nacional–. Tampoco está completamente probado que el conflicto haya sido exclusivamente entre criollos y peninsulares, ya que más bien habría sido una guerra civil entre americanos (¿acaso de herederos peleándose en el “vacío de poder”?). Las Independencias latinoamericanas no provocaron el derrumbe de la monarquía ni del imperio; ocurrió al revés.

Los Estados nacionales latinoamericanos surgieron sin dar pasos objetivos hacia adelante; por el contrario, en vez de los proyectos integradores que excepcionalmente llegaron a anhelar los grandes próceres (Bolívar y la Gran Colombia o incluso una integración mayor, Morazán y la unión centroamericana, por ejemplo), se impusieron la atomización y la fragmentación, en medio de pugnas intestinas; luego entonces, a diferencia de todo Esta-